

de la pluma de un fisiologista, M. Bence Jones, de la Sociedad real de Londres, nos obliga á agrupar juntamente todos estos diversos asuntos, por otra parte conexos entre sí.» Si el libro del Génesis es una revelacion de la ciencia fisica hecha al hombre por el Omnipotente, entonces la existencia de una fuerza vital, separada del cuerpo completamente formado, es una verdad en la cual debemos creer; mas si dicho libro, bajo el punto de vista científico, no representa otra cosa que el estado de los conocimientos en la época en que fué escrito, como nos lo prueban los hechos que refiere, en contradiccion con la revelacion que el Todopoderoso nos ofrece en sus obras, en este caso, por más interés que nos inspire el más antiguo monumento de los conocimientos científicos, nosotros no podemos concederle valor alguno, bajo el concepto de la ciencia, cuando se trata de determinar las relaciones verdaderas de la materia y fuerza vital.» (Conferencia sobre la Materia y la Fuerza, dada en el colegio de Médicos de Londres. Revista científica, 15 de enero de 1870, pág. 60.) [Qué de errores en algunas palabras, salidas sin embargo de la pluma de un hombre grave! El libro del Génesis no es en manera alguna una revelacion de la ciencia fisica, y nosotros ni siquiera pretendemos que él represente el estado de los conocimientos de la época en que fué escrito. Nosotros afirmamos solamente que todo lo que está escrito en aquel libro es verdadero; nosotros pudiéramos añadir que dicho libro, cuando se trata de una cuestion tan intimamente unida con los orígenes primeros y los fines posteriores del hombre, como la espiritualidad del alma, la distincion del alma y del cuerpo, impone imperiosamente la fé. Nosotros sostenemos además, que la revelacion de la Santa Biblia no se halla de ningún modo en contradiccion con la revelacion del Omnipotente en sus obras. Teniendo que demostrar una tesis tan grave, M. Bence Jones ha debido escoger sus mejores argumentos; él los formula en estos términos: «Hé aquí las contradicciones que ofrece el libro primero del

Génesis con la revelacion dada por Dios en sus obras: aquel libro declara: 1.º que la noche, el dia y la luz existian antes que el sol; 2.º que las tinieblas son una sustancia comparable á la luz; 3.º que la luna tiene su luz propia como el sol; 4.º que el firmamento separa el agua del agua, es decir, que hay encima de los cielos aguas semejantes al mar; una quinta contradiccion nótese todavía en los detalles sobre el órden y el tiempo de la creacion de los séres inorgánicos y organizados. Algunas ideas por el estilo ó aun idénticas se encuentran igualmente entre otras naciones y tribus antes del origen de los conocimientos naturales. Es absolutamente imposible admitir que Aquel que todo lo sabe haya hecho de intento una revelacion inexacta para ponerse al alcance de la ignorancia de los hebreos.» En estas últimas líneas M. Bence Jones apoya la tesis que yo defiendo aqui: Los escritores inspirados no pudieron hacerse el eco de los errores populares ó de la ignorancia. En las líneas que preceden, me atreveria casi á decir que esto es un absurdo, y que él es quien, sin advertirlo, opone la ignorancia ó la falsa ciencia á la ciencia sorprendente del libro del Génesis. Todo el mundo enseña hoy que el estado de nebulosa en vías de condensacion, sino en el estado de astro que ha llegado al término de su formacion y constituido en el estado de luminar del mundo planetario. En segundo lugar, el Génesis no hace una sustancia de las tinieblas, como él hace una sustancia de la luz; él no dice *Fiant tenebrae*, como dice *Fiat lux*. Conténtase con anunciar la creacion del fluido luminoso ó del éter. Para todos hoy la luz es una sensacion positiva resultante del movimiento ondulatorio del éter, y la oscuridad una sensacion negativa resultante del reposo del fluido eterado. El separar la luz de las tinieblas y el dia de la noche, creando unas lumbreras que tan pronto se ostentan como se ocultan, no es en manera alguna desmnir dos sustancias y dar á cada una su sitio. Estas espresiones, que sean hechas unas lum-

breras que separen el día de la noche, que ellas resplandezcan en el cielo é iluminen la tierra, no se prestan evidentemente á ambigüedad alguna, siendo cosa incomprensible que un sabio se haya engañado en ello. Cuando Job habla de las vías de la luz y del lugar de las tinieblas, él no las materializa tampoco. Por el contrario, en estas interrogaciones sublimes: «Has tú considerado la extensión de la tierra?... ¿en dónde la luz habita, y cuál sea el lugar de las tinieblas? de suerte que tú conduzcas á cada una de ellas á su término y conozcas los senderos de su morada.» tal vez Job planteaba, por el contrario, un gran problema. A más de la luz y de las tinieblas hay los claros y oscuros, que son una verdadera localización; el determinar sobre la superficie entera de la tierra la línea central de un eclipse, es, en propios términos, localizar las tinieblas, sin hacer de ellas una sustancia verdadera.

En tercer lugar, cuando la santa Biblia nos dice que la luna es una lumbrera, como el sol es también una lumbrera; que ella tiene su luz propia como el sol tiene su luz propia, no pretende afirmar de ningún modo, ni dice en parte alguna, que la luna sea un cuerpo iluminado por sí mismo. En todas partes, por el contrario, la Biblia nos representa la luna como un cuerpo cuya luz varía sin cesar, crece y decrece, sube y desciende, teniendo sus tiempos y sus fases, recibiendo por consiguiente una luz que ella refleja diversamente según su posición en el cielo. Uno de los profetas, Baruch, hace aun esta distinción admirable: *El sol brilla, la luna ilumina; ellos brillarán como el sol, é iluminarán como la luna.* Si, en un texto que he citado ya varias veces, san Pablo dice: Una es la luz del sol, otra es la luz de la luna, él no excluye así evidentemente la unidad de origen de estas dos luces; las distingue simplemente por su intensidad y cualidades particulares. M. Huggins me escribiría recientemente que, aunque él no haya podido descubrir en el espectro de la luz de la luna rayas específicas, di-

cha luz tenía sin embargo sus reflejos propios. En cuarto lugar, M. Bence Jones elegía muy mal la oportunidad para hacer befa de las aguas que Moisés coloca encima del firmamento; puesto que pocos días después el espectróscopo mostraba la presencia del agua en el estado de vapor en las profundidades de los cielos, en los planetas y estrellas. Es falso, en quinto lugar, que el orden en el cual el Génesis hace aparecer sucesivamente los seres no organizados y los organizados sea contrario al orden revelado por la geología y la paleontología. Bien lejos de ello, nosotros lo hemos probado sobradamente más arriba, el acuerdo entre las dos revelaciones es perfecto, y este acuerdo, inexplicable humanamente, afirma invenciblemente la inspiración divina de Moisés. Y ¡qué cosa tan triste no es el ver á un sabio verdadero inventar todas esas contradicciones para dispensarse de admitir que nosotros tenemos un alma distinta de nuestro cuerpo! Esa necesidad imperiosa de materialismo infunde miedo!

Un médico francés, publicista de alguna valía, suscitó igualmente las pretendidas contradicciones que sublevan á M. Bence Jones, y añadió: «La Biblia considera las estrellas como unas lamparillas; ella hace caer las estrellas sobre la tierra mil veces más pequeñas de lo que son, etc. Ignoraba que la ciencia más adelantada nos hacía prever ya el momento en que la tierra, precipitándose hácia el sol, irá á alimentar su luz consumiéndose. Pues bien, esto de mostrarnos la tierra lanzándose hácia el sol que forma parte del sistema estelar, es realmente, en virtud del principio del movimiento relativo, mostrarnos las estrellas precipitándose sobre la tierra. M. de Castelnan añadía, en fin, que el atribuir á un eclipse las tinieblas que cubrieron la superficie entera de la tierra en el día de la muerte de Jesucristo, era enunciar un monstruoso error. La paciencia faltóme entonces, y le respondí, (*Los Mundos*, tom. XVII, pág. 412): «Aquel oscurecimiento no era un eclipse ordinario, puesto que sobrevino en la época de la luna llena; pudo, pues,

estenderse á toda la tierra. Nada sabeis por lo tanto de la ciencia moderna, dado que ignorais que, independientemente de los eclipses, hay ciertas ofuscaciones del sol, de las cuales hacen mención los anales de todos los pueblos, y que se explican, sea por una acumulacion excesiva de las manchas en la faz del sol, sea por una condensacion accidental de la materia cósmica que rodea el sol, y cuya presencia está hoy día demostrada, sea por el paso de una nube condensada de metéoros, sea por las nieblas, etc., etc. Nada sabeis tampoco de vuestro Virgilio que nos muestra el sol casi extinguido en la muerte de César:

*Cum caput obscura nitidum ferrugine tinait,  
Impiaque eternam timerunt soccula noctem.*

¿Vos estais, pues, reñido con él? Bien es cierto que, como muchos de vuestros colegas,—lo que precede basta para probarlo,—cuando se trata de la Biblia y de la revelacion, principiais por no querer saber nada más, por condenaros á una ignorancia absoluta, de la cual os afrentarais en otra parte, mas de la cual os engreís aquí, hasta tal punto, no diré que el ódio os ciegue, sino hasta tal punto, que la repulsion instintiva de todo lo sobrenatural os coloca fuera de los límites de la vision clara y distinta. ¿Cómo explicar, pues, en vos, y en tantos otros esa repulsion de lo sobrenatural? De una manera muy sencilla. Vos os hallais sumergido, ahogado, en lo natural, y por qué no diremos en la materia, como un ave en el aire, como un pez en el mar? El aire, el agua, lo natural y lo sobrenatural son unos medios excelentes en sí mismos, que bendicen los seres llamados á vivir en su seno, y que maldicen los seres que se hallan organizados, ó que se organizaron para vivir en otro medio. Hé aquí el secreto del ódio de lo sobrenatural que va aumentando siempre, y que debe hacernos tolerantes hácia las personas, aun cuando detestemos las doctrinas. ¿Deseais una comparacion que os asombre más aún? Vos sabeis que aquellos órganos que no ejercen sus funciones se atrofian; los peces que viven en los ríos subterráneos

de las cavernas colosales del Kenckuty no ven: su ojo ha permanecido en el estado rudimentario. Lo mismo sucede con los ánades y las ocas que son criadas en las profundidades innaccessibles á la luz de las salinas de Polonia. Vos os habeis colocado, pues, voluntariamente, por la fatalidad de vuestros estudios exclusivos, en un medio en que la luz de la revelacion no puede ya alcanzaros; el ojo que requiere la vision de lo sobrenatural háse atrofiado, y su percepcion ha venido á ser para vos imposible. Vos veis al artista que ha hecho vuestra buena comida, el reloj de pared ó de bolsillo que registra vuestro tiempo, la locomotora que os arrastra en el espacio, pero ya no veis al creador y organizador de los mundos. Lo que nos parece á nosotros lo más sencillo, lo más absolutamente necesario y cierto, la existencia de Dios, de los espíritus buenos y malos, del alma humana, de los sacramentos, de los milagros, de un culto, de una liturgia, etc., son para vos lo que los colores, no obstante tan buenos y hermosos, para un ciego, ó aun para un fotóforo colocado bajo la influencia de una meningoencefalitis ó de la inflamacion de las membranas ópticas. Vosotros sois unos ciegos ó unos enfermos, voluntarios á menudo, involuntarios algunas veces. Al menos no nos despreciéis; el ciego y el enfermo no tienen el derecho de despreciar, ni siquiera de compadecer al perspicaz, ó al hombre que goza de perfecta salud, que lloran con razon por su triste suerte.»

La confusion imperdonable de los eclipses con las ofuscaciones del sol ha hecho cometer al abate A.-F. James, autor del *Diccionario de la Biblia*, de la coleccion Migne, una singular equivocacion: «Yo no sé, dice él en su artículo *Luna*, si los hebreos conocian la causa de los eclipses del sol y luna; mas ellos hablan de estos siempre en términos que indican que los consideran como milagrosos, como los efectos del poder y de la cólera de Dios. Los Profetas, al hablar de la caída de los imperios, no dejan casi nunca de decir que el sol será cubierto de

tinieblas, que la luna retirará su luz, y que las estrellas caerán del cielo: Isaías, cap. XIII, v. 10; cap. XXIV, v. 23; Ezequiel, cap. XXXII, v. 7; Job, cap. III, v. 10.» Mas, por lo mismo que el sol, la luna y las estrellas pierden á un tiempo mismo su luz, no se trata de ninguna manera en dichos textos de eclipses de sol ó de luna, sino de ofuscaciones. No se puede, pues, inferir de ello que los hebreos no tuvieran noticia de los eclipses, ó que ellos ignoraran su causa física. Si se puede y debe creer que el hecho general de los eclipses de sol, llamados en latin *Defectus solis*, defectos del sol, está indicado en el texto del Eclesiástico (cap. XVII, v. 30): «¿Qué cosa hay más brillante que el sol, y no obstante tiene sus defectos?», es cierto que no se hace mención en la Biblia de eclipse alguno particular. Háse hecho aun de ese silencio un argumento contra la verdad histórica de los Libros santos. Ese silencio nada tiene sin embargo que no sea muy natural; paréceme aun que él prueba, por el contrario, la opinion opuesta á la que emitia poco há el abate M. James, es decir, que para los hebreos los eclipses del sol y de la luna eran fenómenos enteramente naturales, y que ellos sabían acaso predecir, puesto que conocian el gran período ó ciclo luni-solar de seiscientos años. Si los escritores sagrados hubieran visto en ello unos milagros ó unos efectos de la cólera divina, hubieran ciertamente consignado algunos de ellos; mas porque, al contrario, no veian en ellos más que unos hechos astronómicos, los reservaban para los libros de los anales que no existen ya, pero que están indicados en un número bastante grande por los autores sagrados, y se han perdido fatalmente, por ejemplo, el *Libro de las guerras del Señor*, el *Libro de los Justos*, las *Crónicas del reinado de Salomon*, los *Anales de los Reyes de Judá y de Israel*, la *Historia natural de Salomon*, etc., etc. En el *Chou-king*, libro sagrado de los chinos, que puede ser comparado al *Pentateuco*, no se hace mención más que de un solo eclipse, al paso que en los demás libros sagrados,

que son más particularmente los anales de la China, encuéntrase un grandísimo número de eclipses, de caídas de estrellas errantes y de otros fenómenos astronómicos.

*Las dos lumbreras mayores.* Génesis, cap. I v. 16: «Dios hizo, pues, dos grandes lumbreras, la una mayor para presidir al dia, la otra menor para presidir á la noche. Él las colocó en el firmamento del cielo para brillar sobre la tierra.» La luna es muy pequeña con relacion á los planetas y estrellas, y además no tiene más que un brillo prestado. ¿No es, pues, absurdo el hacerle representar un papel tan importante? Ese lenguaje del cual quiere hacerse así una objecion contra la santa Biblia, es incontestablemente verdadero y muy sensato. No se trata ahora de astros en general, sino de lumbreras ó de astros destinados á alumbrar la tierra. Pues bien, ¿no es un hecho patente de verdad que existen para la tierra dos grandes lumbreras: el sol, la mayor, la más brillante y continua de las dos, y la luna, que constituye tambien un gran luminar por su volumen aparente y su brillo infinitamente superior, relativamente á nosotros, al de los planetas y de las estrellas? Venus, el más brillante de los astros del firmamento despues del sol y de la luna, proyecta apenas una sombra sensible y no constituye de ningun modo una lumbrera.

El  *fiat lux*. Otro incrédulo de allende el Rhin, la patria nebulosa del libre pensamiento, M. de Bois-Reymond, ha llevado la impertinencia mucho más lejos. Ha osado decir: «La palabra del Génesis: *La luz fué*, encierra un anacronismo fisiológico. La luz no fué hasta el acto en que, en el *desenvolvimiento* de la série animal, el *punto rojo* visual de un infusorio distinguió por vez primera la luz de las tinieblas. ¡Pues qué! un físico célebre, un fisiologista consumado, es el que, para ultrajar el Libro de los libros, finge y hace alarde de ignorar que la palabra *Luz* significa á la vez el agente y la sensacion de la luz?»

Ruego á M. Tyndall, que ha ensalzado demasiado en público á su camarada de Berlin, que rectifique su error por demás voluntariamente grosero. Yo leo en la *Luz*, página 129 de la edicion inglesa y página 137 de la edicion francesa: «Vos habeis sabido á un tiempo mismo que la palabra *Luz* puede ser empleada en dos sentidos diferentes; ella puede significar la impresion hecha sobre vuestra conciencia, ó puede significar el agente físico que causa dicha sensacion.»

*La Estrella de los Magos.* San Mateo, cap. II, v. 2 y 9: «Nosotros hemos visto su estrella en oriente y hemos venido á adorarle. Ellos se fueron, y hé aquí que la estrella que habian visto en oriente les precedia, hasta que vino y se detuvo encima del lugar en que se hallaba el infante.» Cotejada con la profecía de Balaam: «Se levantará una estrella de Jacob.» (Números, cap. XXIV, v. 17), esa aparicion sobrenatural de la estrella de los magos constituye incontestablemente un hecho sobrenatural y milagroso que yo no debo examinar aquí, y del cual tengo sólo que probar que, considerado científicamente, nada tiene de imposible. Una estrella que brilla, que se aproxima ó se aleja y se para, es cosa que está enteramente en las ideas modernas, y pudiera decir á la orden del día, puesto que ahora solo es cuestion de meteoros luminosos, de estrellas errantes, cadentes, etc. ¿Era acaso la ignorancia, ó al menos, las falsas luces de una ciencia harto poco adelantada lo que inspiraba unas objeciones tan ridiculas como estas? «A causa de su elevacion infinita, ¿cómo las estrellas pudieran indicar un país, una ciudad, y con mayor motivo una casa? Al abajarse en el espacio la estrella, por su inmensa estension, hubiera cubierto, no solamente á Belen y la Judea, sino aun la tierra entera.» Los sabios á la sazón no conocian ó no querian conocer los aerolitos ó cuerpos inflamados caidos del cielo, los bólidos, las estrellas errantes, etc., etc. En vano es que los *Anales de la China*, Plinio en su *Historia natural* (lib.

XVIII, cap. XXXVIII), Virgilio en sus *Geórgicas* (versos 365 y siguientes), y el pueblo en su tradicion de los fuegos de San Lorenzo nos hablaran de lluvias de estrellas errantes, que parecian caer del cielo; la ciencia académica representada entonces por Fontanelle, su oráculo, los rechazaba con una ironía, que ella creia mordaz y que la volvía presuntuosa. «Háse visto [en la China algunos millares de estrellas á la vez, que caen] del cielo con un grande estruendo, ó que se disuelven y se convierten en lluvia... Yo encuentro esta observacion en dos épocas muy lejanas, sin contar una estrella que va á reventarse hácia el oriente como un cohete, siempre con un grande estrépito, siendo sensible que dichos espectáculos se hallen reservados para la China, y que estos países no hubieran participado jamás de ellos.» Estos países tuvieron tambien su parte en ellos; háse encontrado en nuestros anales numerosos hechos de caidas de aerolitos y el testimonio de Virgilio, que decia tan sencillamente:

*Sape etiam stellas, cænta impendente, videtis  
Precipites cælo labi, noctisque per umbras 1)  
Flammarum longos a tergo albescere tractus.*

Tenemos el testimonio de Josué (crp. X, v. 11): «Cuando los amorreos huían de los hijos de Israel, y se hallaban en la bajada de Bethoron, el Señor arrojó, desde el cielo, sobre ellos gruesas piedras hasta Azeca, pereciendo muchos más de ellos por la granizada de piedras, que los hijos de Israel no habian matado con la espada;» el testimonio de los analistas de Roma que refieren que una lluvia de piedras habia caido del cielo sobre el monte Albo, como cae el granizo impelido por el viento; el testimo-

(1) Esos bellos versos me sorprenden hoy más que nunca; ellos expresan claramente lo que se llama la teoria de M. Codrétier Gravier, que la direccion de los rastros de las estrellas errantes indica la de un viento superior que pronto soplará en la superficie de la tierra. Yo añadiré que el torrente de estrellas errantes, no solamente es el indicio, si que tambien la causa del viento superior, lo cual M. José Silberman ha sido el primero en manifestar.

nio de Plutarco, de Pitágoras, etc.; los hechos los más auténticos de piedras enormes recogidas en el momento de su caída, y conservadas en algunas iglesias y museos; por último, poseemos una reseña circunstanciada de Gassendi, el célebre astrónomo, refiriendo que el 29 de noviembre de 1636 vióse en Provenza, cerca de Sedone, una piedra inflamada caída sobre una montaña donde había sido recogida, la cual enfriada pesaba 26 kilogramos y habíase vuelto negra y muy dura; etc., etc.: todo eso no impedía que el sabio Le Clerc, en el siglo xviii, calificara de impostura las lluvias de piedra, y de locura los esfuerzos hechos por varios autores para explicarlas naturalmente. Para hacer admitir las lluvias de estrellas errantes de la China, ha sido menester que Alejandro de Humboldt fuera testigo del magnífico espectáculo del 13 de noviembre de 1833; para admitir la lluvia de piedras, ha sido necesaria la caída observada en Laigle, en 1801, la investigación ordenada por el Instituto de Francia y el informe de M. Biot; para admitir, en fin, la existencia del bólido tan fielmente descrito por los *Anales chinos*, ha sido necesario que se hubieran visto brillar en todas partes algunos de ellos, avanzar con una rapidez más ó menos grande, dejando en pos de sí un largo rastro comparable á la cola de un cohete, y á menudo desaparecer despues de haber hecho explosión. Nada resta, pues, de esas pretendidas objeciones ó negaciones fundadas en la astronomía, sino un testimonio patente en favor de la ciencia de la Biblia, que nos ha revelado hechos físicos por largo tiempo ignorados y considerados aun como imposibles por la ciencia del día. ¿Qué era en realidad la estrella de los magos, ciertamente milagrosa? Nosotros no intentaremos decirlo; más puede concebirse que fuera un bólido ó asteroide, obediendo á la voluntad de Dios.

*El becerro de oro.* Éxodo, cap. XXXII, v. 23-24: «Ellos me dijeron: Háznos dioses que vayan delante de nosotros, puesto que en cuanto á Moisés que nos sacó de la tierra

de Egipto, ignoramos lo que le ha sucedido... Mas yo les dije: ¿quién de vosotros tiene oro? ellos lo trajeron y me lo dieron, y lo sometí á la acción del fuego, y de él salió este becerro;» v. 20: «Moisés cogiendo el becerro que Aaron había hecho, lo rompió y lo quemó hasta reducirlo en polvo, que derramó en el agua, y dió este polvo á beber á los hijos de Israel. ¿Qué se desprende de ese relato? Que en tiempos de Moisés se conocía el oro, que se sabía quemarlo ú oxidarlo, es decir trasformarlo en sus óxido ó en sesquióxido, que son dos polvos impalpables, el uno de color de violeta oscuro y el otro de color pardo, pudiendo ambos ser mezclados perfectamente en el agua y tragados sin peligro. Esto es evidentemente una ciencia muy adelantada. Los agentes eficaces de oxidación cierta y pronta, el cloruro de sodio, el nitrato de sosa, y el azulre, hallábanse evidentemente al alcance y bajo la mano de Moisés, que sólo se encontraba á algunas leguas de las orillas del mar Rojo. El agua régia se hace con la sal marina y la sal amoniaca. Pues bien, dice M. Gerhard en el *Diccionario* de Bouillet, artículo *Amoniaco*: «Desde tiempo inmemorial, súpese en Egipto extraer la sal amoniaca del estrirócol de los camellos. Los egipcios la extraían del hollín resultante del empleo de dicho esccremento como combustible.» Para reducir el oro en polvo impalpable ó en polvo soluble, no es ni aun necesario trasformarlo en óxido, en sulfuro ó en cloruro; bastaría cuando está fundido, hacerlo caer desde bastante alto sobre una plancha sólida animada de un movimiento de rotación suficientemente rápido, como lo ha hecho en estos últimos años el baron de Rostaing. En una palabra, para hacer de este relato de Moisés una objecion contra la revelacion, requeriase ser ignorante como lo era Voltaire en el siglo xviii y no conocer las propiedades más elementales del oro. Empero, dícese, ¿cómo concebir que los hebreos en el desierto hayan tenido la cantidad de oro exigida para la fundición de un becerro de oro? Aaron mismo dudaba que pudiera ponerse dicha cantidad de oro á su disposición, y

confiaba poder sustraerse por ello á las exigencias del pueblo. Mas esa cantidad no era excesiva; no se trataba de un becerro entero de formas colosales, sino sólo de una cabeza de becerro, de un ídolo muy comunmente adorado de los egipcios. «El R. P. Sicard ha tenido la suerte de encontrar el molde de la cabeza del becerro de oro, al pié del monte Horeb, sobre el camino que conducía al campamento de los hebreos. Él lo midió y atestiguó que su anchura y profundidad eran cada una de ellas de tres piés. Dicho molde está abierto en un mármol granítico, encarnado y blanco. Examinándolo muy de cerca, descubriase en él, en efecto, la figura de una cabeza de becerro aislada.» (*Cartas edificantes. Mision de Levante*, tom. V, pág. 302.) Como quiera que el oro se encuentra en el estado nativo, y que es fusible á una temperatura relativamente poco elevada, 1,200 grados, la industria del oro ha sido la primera de las industrias metalúrgicas, y ella habia adquirido proporciones considerables, aun entre algunos pueblos muy poco civilizados. Las variedades de oro de que se habla en la Biblia exceden en número, y acaso en belleza, á los recursos del arte moderno: oro, oro perfecto, oro muy puro, oro muy refinado, oro dúctil, oro amarillo, oro verde, oro purificado siete veces, etc. El saber purificar ó acrisolar el oro es igualmente saber disolverlo. En la guerra que hicieron últimamente á los achantis, pueblo casi bárbaro, los ingleses asombráronse en gran manera de la inmensa cantidad de vajilla de plata y de alhajas de oro que encontraron y aceptaron como indemnización ó rescate de guerra. Por lo demás, la industria misma del hierro que se remonta en realidad á Tubalcain, el Vulcano de los griegos, era conocida desde el tiempo de Moisés, que habla en el Deuteronomio (cap. XXXIII, v. 25), de calzados fabricados con hierro y bronce. Háse encontrado hierro forjado en el seno de la gran pirámide y algunas escorias de hierro sobre el Sinaí.

El conde de Caylus, en su *Coleccion de antigüedades*

*egipcias*, dice: «La madera era muy rara en Egipto; allí sólo se empleaba para hacer fuego la paja de arroz, plantas acuáticas disecadas y el estiércol de vaca. ¿Dónde se tomaba, pues, el combustible necesario para fundir el oro y el hierro? La objecion desaparece ante el hecho absolutamente cierto de la industria del oro y hierro. Cuanto más rara ha sido la materia esencial para calentar los hornillos, tanta más atencion y estudio se requerian para aumentar el calor y emplearlo sin perder nada de él, siendo más necesario todavía construir los hornillos con una inteligencia que con dificultad concebimos hoy. Nosotros ignoramos la forma de dichos hornillos, no menos que los medios de hacer uso de ellos, y hablando en verdad, nos hallamos todavía muy atrasados bajo ese punto. Si se examina la cantidad de leña y carbon que se consume en Europa para las menores operaciones de la química, no se verá sin asombro que los egipcios producian con unos agentes tan débiles los efectos más extraordinarios de la fundicion de los metales. En resumen, el becerro de oro, su fusion y su palverizacion son para la ciencia de la Biblia un nuevo y brillante triunfo. Atestiguémoslo al terminar que aquel episodio doloroso y terrible nos ha sido trasmitido por una tradicion no interrumpida. El Rey profeta dice (salmo CV, v. 19): «Ellos hicieron un becerro en Horeb, y adoraron el metal que habian esculpido.» Ezequiel dice (cap. XX, v. 13 y siguientes): «Los de la casa de Israel se rebelaron contra mí... porque sus corazones corrían todavía en pos de sus dioses de estércol.» El apóstol san Pablo se hizo por último eco de ello (1.ª epístola á los Corintios, cap. X, v. 7, 8): «No seais idólatras como algunos de vuestros antepasados, de los cuales está escrito: El pueblo se sentó para comer y beber, y se levantó para jugar... No seais fornicarios como algunos de ellos, que habiéndose vuelto fornicarios, perecieron en número de tres mil.» Cito estas últimas palabras de san Pablo porque ellas rectifican un error de cifra de la Vulgata, que hacia ascender á veinte y tres mil, en vez de tres mil, el número de los

adoradores del becerro de oro exterminados por los levitas en el campo de Horeb.

*Agua salida del peñasco de Horeb.* Éxodo, cap. XVII, v. 5 y siguientes: «Marcha al frente del pueblo, toma contigo algunos de los ancianos de Israel, y la vara misma con la cual tú heriste el río, tómala en tu mano y vé. Hé aquí que yo estaré allí delante de tí sobre la tierra de Horeb; y tú herirás la piedra, y saldrán de ella aguas, á fin de que el pueblo beba. Moisés lo hizo así en presencia de los ancianos de Israel.» No comprendo en verdad en qué ese pasaje puede contrariar á la ciencia. Trátase evidentemente de un milagro pedido á Dios por Moisés, obtenido por el medio indicado por Dios, y cuyo recuerdo, como milagro patente, ha venido perpetuándose igualmente hasta nuestros días. El Salmista lo celebra en estos términos (salmo LXXVII, v. 15): «El hizo abrir la piedra, y les ha hecho beber como en un abismo caudaloso.» San Pablo (1.ª epístola á los Corintios, cap. X, v. 4) llama al agua de Horeb «un agua espiritual salida de la piedra,» figura de Jesucristo. Háse opuesto al relato de Moisés un pasaje de Tácito, afirmando que las aguas de Horeb habian sido encontradas por un asno salvaje. ¿Qué podía saber de ello Tácito? Esa coincidencia singular de las aguas y de los asnos salvajes prueba evidentemente que su asercion meramente gratuita no es más que una reminiscencia y una tergiversacion del hecho de Asa, al encontrar en el desierto unas aguas calientes, mientras estaba apacentando los asnos de su padre. El R. P. Sicard cree haber encontrado la Peña Herida por Moisés, y que dió paso á las aguas abundantes del abismo. (*Cartas edificantes*, tom. V, pág. 389.) Dicho peñasco, situado hácia el centro del valle de Raphedim, á más de cien pasos del monte Horeb, es una gruesa mole, de un granito rojo. Su forma es casi redonda por un lado, y es plana por el lado que mira á Horeb. Su elevacion es de doce piés, con un espesor igual, y es más ancha que

alta... Está horadada por veinte y cuatro agujeros; cada agujero tiene un pié de profundidad sobre una pulgada de ancho... La Peña es lisa desde el borde inferior de cada agujero hasta el suelo. El bordo de los agujeros y la hendidura pulida á la cual la roca dá origen están tapizados de un pequeño musgo fino y verde. Todo eso á no parece acaso probar que salió en otros tiempos de todos aquellos agujeros un agua milagrosa? «Los monjes del convento del Sinai, dice por su parte M. Alejandro de Laborde, en su *Comentario sobre el Éxodo*, muestran hace algunos siglos, y los árabes parecen haberla siempre venerado, una Peña que se encuentra en Onadi-el-Ledihir, sobre la costa occidental del monte Horeb. Dicha Peña puede tener unos quince piés en todas las direcciones, y ofrece sobre su cara principal las huellas de una corriente de agua. Todos los viajeros, desde nuestros más antiguos peregrinos, hablan con respeto de aquel monumento religioso y de la tradicion que con el mismo se relaciona. Ninguno de ellos se opone á dicha antigüedad; sino que parece haber sido aceptada desde muy antiguo en el país, puesto que Mahomet debió tener noticia de ello, cuando habla de las doce fuentes que manan del peñasco (*Coran*, v. 60) haciendo alusion á las doce aberturas que se notan en él.»

Nada diré de la opinion de los eruditos del siglo XIX, que cambian la vara de Moisés en una sonda, y el manantial milagroso en un pozo artesiano hábilmente abierto por Moisés. Para apagar la sed de una muchedumbre sedienta, para ahogar sus murmuraciones y conjurar su rebelion y violencias, el ponerse á perforar un pozo en un suelo enteramente compuesto de rocas áridas y duras puede ser una idea de algun sabio abismado en las abstracciones de su gabinete, mas á buen seguro no es un pensamiento digno del caudillo divino é inspirado del pueblo de Israel.

*Columna de fuego y humo.*—Éxodo, cap. XIII, v. 20 y  
TOMO III.

siguientes: «Habiendo partido de Soccoth, ellos acamparon en Etham, en los confines del desierto. Y el Señor les precedía para mostrarles el camino de día en una columna de nube, y de noche en una columna de fuego, á fin de que él fuera su guía en uno y otro tiempo. Jamás la columna de nube desapareció de la vista del pueblo durante el día, ni la columna de fuego durante la noche...» El ángel del Señor dirigía los movimientos de aquella nube, y ella servía de señal para acampar y alzar el campamento, de suerte que el pueblo se detenía allí donde ella se fijaba, y no partía hasta que ella se elevaba. Cap. XIV, v. 19 y 20: «Entonces el ángel de Dios que precedía el campamento de Israel fué detrás de ellos, y lo mismo que él, la columna de nube, pasando de delante hácia atrás, se interpuso entre el campo de Israel y el campo de los egipcios. Pues bien, la nube era tenebrosa é iluminaba la noche, de suerte que durante todo el tiempo de la noche, ellos no podían aproximarse uno á otro.» Denteronomio, cap. I, v. 33: «¿Quién pues, os precedió en la vía y midió el lugar en el cual vosotros debíais fijar vuestras tiendas de noche, mostrando el camino con el fuego, y de día con la columna de nube?» Trátase aquí evidentemente de una columna ó nube enteramente misteriosa y milagrosa, que debía su existencia á la omnipotencia de Dios y se hallaba bajo la dependencia inmediata de un ángel ministro de la voluntad de Dios. San Pablo recuerda ese milagro «sombreroso en su primera epístola á los Corintios (cap. X, v. 1): «Nuestros padres estuvieron todos ellos debajo de la nube, y todos cruzaron el mar, y todos ellos fueron bautizados bajo Moisés en la nube y en el mar.» Los racionalistas que, con Toland y otros, quieren asimilar la columna de nube y fuego que guió á los israelitas en el desierto á la pértiga de Alejandro, al fuego que los persas llevaban á la cabeza de su ejército al calentador todavía en uso entre los egipcios modernos, no merecen siquiera que uno se tome la molestia de refutarles; ellos fueran menos insensatos ó irracionales, si negaran pura y simplemente la relacion de Moisés.

*Cuadrante de Achaz.*— Libro IV de los Reyes, cap. XX, v. 8 y siguientes: «¿Cuál será la señal de que el Señor me curará?... ¿Quereis que la sombra del sol avance diez grados, ó que retroceda otros diez? Ezechías dijo: Es fácil que la sombra ascienda diez grados, yo no deseo que eso se verifique así, sino que vuelva hácia atrás. Isaías invocó al Señor, é hizo retroceder la sombra por los grados por los cuales había ya descendido, sobre el cuadrante de Achaz.» Trátase aquí evidentemente de la retrogradacion de la sombra sobre un cuadrante solar. Si Isaías dice (cap. XXXVIII, v. 8): «Y el sol retrocedió diez líneas por los grados por los cuales había descendido,» la palabra «sol» puede reemplazar la palabra «rayo del sol» ó «sombra del sol.» Para explicar esa retrogradacion, no es, pues, en manera alguna necesario el recurrir á una rotacion de la tierra ó del sol en sentido contrario de su movimiento diurno, real ó aparente. Los términos, misunos del Libro sagrado dispensan de dicha explicacion, sin embargo posible, permitiendo atribuir la retrogradacion á la sombra ó al rayo solar. Además el hecho referido por el libro segundo de los Paralipómenos (cap. XXXII, v. 31), de que los príncipes de Babilonia enviaron un mensaje á Ezechías, para informarse del prodigio acaecido sobre la tierra de Judea, no obligan en lo más mínimo á admitir que se tratara de un fenómeno comun á toda la tierra, advertido por toda ella, como lo hubiera sido la rotacion en sentido inverso, que ocasionara en todos los cuadrantes una retrogradacion de la sombra. El prodigio que excitó la curiosidad de los príncipes de Babilonia, puede haber sido muy bien el fenómeno aislado de la retrogradacion de la sombra sobre el cuadrante de Achaz, y la curacion milagrosa de Ezechías, cuyo rumor habíase extendido hasta ellos. En este caso, en que se trata de un fenómeno enteramente local, del desalojamiento de la sombra sobre un cuadrante particular, pudiera probarse de explicarlo por uno de esos efectos de refraccion extraordinaria, que quitan cantidades, algunas veces muy considerables, á los ob-

jetos en la superficie de la tierra. Sucede á veces, por ejemplo, que el sol y la luna aparecen todos enteros encima del horizonte, á la sazón en que se hallan aún todos enteros debajo. El comandante de ingenieros, M. Ducros, sobre una llanura horizontal y sin obstáculo alguno, de veinte mil metros de extension, no percibía, hácia la hora del mediodía, una señal de 20 metros de altura y un álamo de 28 metros de elevacion. Hácia las tres solamente principiöse á descubrir la cima del álamo; la señal elevábase en seguida gradualmente, llegándose al extremo de distinguir el suelo sobre el cual él se fijaba. Esas refracciones anormales han sido á menudo tales, que se hubiera podido cometer un error de 70 metros sobre la diferencia de nivel de los puntos extremos. Ciertos campanarios muy altos, cuya cúspide oculta el horizonte, que no podrian descubrirse en medio del día, mostrábase hácia la tarde; y despues de la puesta del sol, veíase, no solamente la aguja, si que tambien la iglesia, el suelo y el terreno que la circuía. » Estas desviaciones son ciertamente comparables á la de la sombra sobre el cuadrante de Achaz. Esta pudiera, pues, explicarse en todo rigor, por una refraccion extraordinaria debida á una modificacion profunda de la temperatura del aire sobre el trayecto de los rayos solares. Habiendo sucedido repentinamente despues de la suplica de Isaias, en el momento en que era pedida y ordenada, dicha modificacion profunda de la atmósfera no fuera menos por ello un milagro sorprendente.

Todo bien considerado, los milagros de Josué y de Isaias pueden explicarse humanamente, antropológicamente (es la palabra inventada por los enemigos de la revelacion y que solo tiene realidad en su imaginacion), por la detencion ó el trastorno del movimiento de rotacion diurna de la tierra en torno de su eje.

Algunos sabios, para dar más fuerza á la objecion, para añadir algo á la pretendida imposibilidad del hecho milagroso, fingen confundir la detencion del movimiento de

la tierra con el paro de su movimiento de traslacion sobre su órbita en derredor del sol. Esta velocidad de traslacion, 30,4 kilómetros por segundo, es muy grande relativamente á la velocidad de rotacion 0,44 kilómetros. En virtud de la primera, la cantidad de movimiento del cual la tierra se halla animada y su fuerza viva son tan enormes, que, si por una detencion repentina, este movimiento de masa viniera á convertirse en movimiento molecular ó atómico, es decir en calor, este calor fuera harto grande probablemente para fundir su masa entera, reducirla á vapor y disiparla en el espacio. Nosotros pudiéramos concebir humanamente que Dios, que ha creado la tierra y la ha lanzado equivalentemente en el espacio, por un acto de su omnipotente voluntad, animando simultáneamente cada molécula ó átomo, de un movimiento igual, pero en sentido contrario al que resultaria, respecto de dicho átomo ó molécula, de la extincion instantánea del movimiento de traslacion de la tierra, impida el desprendimiento de calor molecular ó atómico y conjure las tremendas consecuencias de la detencion súbita del globo terrestre sobre la órbita: así la objecion caería por su propio peso.

Además, si con la aplicacion de los frenos mecánicos, por ejemplo, del freno de aire, ó con la sola compresion del aire en el seno de un espacio cerrado, nuestros ingenieros han podido extinguir sin peligro la enorme cantidad de movimiento de un tren de ferro-carril lanzado á toda velocidad, cómo pudiera ser imposible para Dios el extinguir, con mil medios que se hallan en su poder, la velocidad de la tierra y hacer insensible aun la detencion repentina de su movimiento de traslacion? Nada exige, por otra parte, que dicho paro haya sido instantáneo; puede concebirse que la extincion haya tenido lugar sucesivamente en un tiempo bastante corto.

Empero, lo repetimos, en los dos milagros de las santas Escrituras se trata, no del movimiento de traslacion de la masa entera de la tierra, de la extincion de su cantidad de movimiento ó de su fuerza viva, sino de suspender su

movimiento de rotacion sobre su eje y anular el efecto de la fuerza centrifuga, cuya fuerza, en el ecuador, ó en su máximum de intensidad, es expresada por la pequeña fraccion 0 m. 0346, es decir, que haria recorrer á un móvil, que formara parte de la superficie de la tierra, un poco más de tres centímetros por segundo. Esta tendencia al movimiento, dispuesta á ejercerse, si la tierra cesara súbitamente de rodar, es, pues, relativamente pequeña; y si suponemos que cada objeto en la superficie de la tierra se halla animado de una tendencia igual en el sentido contrario, el equilibrio quedaria mantenido y la inmovilidad asegurada.

Empero, yo me avergüenzo de discutir así bajo un punto de vista humano la omnipotencia de Aquel que dijo y todo fué hecho, mandó y todo fué creado. Cuando se trata de Dios, el hablar de más ó de menos, de pequeño y de grande, es una blasfemia, y la comparacion del modo de accion de Dios al modo de accion del hombre es un desatino tan grande, como la comparacion del sér contingente y limitado del hombre al sér necesario é infinito de Dios. Nosotros no tenemos bastante el sentimiento de esta gran verdad revelada por san Pablo: *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Nosotros estamos en él, vivimos en él, y nos movemos en él. El movimiento que es para nosotros algo á la vez de relativo y absoluto, no existe para Dios. Él se hace en él y por él: ¿cómo, pues, no fuera Él el moderador absoluto? Todas las fuerzas actuales, virtuales y potenciales del mundo material, no son más que unas manifestaciones de la fuerza ó energia infinita del sér necesario. El gran principio de la conservacion de la energia, del cual la ciencia moderna está tan engreida, pero cuyo secreto no posee, tiene su razon de ser en Dios, primer motor, principio á la vez del sér, del movimiento y de la vida. Miles de séres y de mundos pueden salir de la nada ó volver á entrar en la nada, sin que el dogma de la conservacion de la energia sufra el menor quebranto; puesto que despues de la creacion, no hay más ni menos ener-

gia que antes de la creacion. Del mismo modo que despues de la creacion no hay más ni menos sér en singular, *plus entis*, sino que hay solamente más séres en plural, *plura entia*; así tambien despues de la creacion no hay más energia, sino más séres que participan de la energia. Empero, yo acabo de levantar una punta del velo que nos oculta la majestad infinita de Dios, y me siento aplastado por su gloria: *Qui scrutatur majestatem, opprímetur a gloria*. Enmudezco, pues, y adoro.

*Vidrio*.—Prov., cap. XXIII, v. 31-32: «No mires el vino cuando, habiendo enrojecido, su color principia á brillar en el vaso. Se le bebe con placer, mas luego morderá como una serpiente, y difundirá su veneno como un basilisco!» Ese lenguaje nada tiene que no sea muy conforme con la verdad. Aquel que lo emplea ha visto evidentemente vino, vino añejo. Si en efecto el vidrio no era conocido en tiempo de Salomon, la sola objecion que pudiera sacarse de ello es que el gran rey no es el autor del libro de los Proverbios. Pues bien, nosotros no tenemos que cuestionar aqui la autenticidad de los Libros santos. Empero dicha objecion no es fundada siquiera. El vidrio, en el texto hebreo, no siendo expresado por su nombre propio, pudiérase en rigor decir que se trata del vino bebido en una copa de oro ó plata, cuyos metales le comunican en efecto un color amarillo (la luz reflejada repetidas veces por la plata es amarilla). Sin embargo, todo parece indicar que en realidad se trata de una copa de vidrio. Plinio (Libro XXXVI, cap. XXVII), habla de la arena de las orillas del río Belo, río de Fenicia, como empleada durante muchos siglos, *multa secula*, en la fabricacion del vidrio, aunque no se la encontrara más que sobre una extension de 500 pasos á lo más. El vidrio hacíase en Sidon, ciudad situada cerca de Belo. Sabemos por Aristófanes que en su tiempo, 400 años antes de Jesucristo, habia vidrios ardientes en Atenas, así como vidrios que servian

para los experimentos de física. Preciso es, pues, colocar antes de esa época el gran número de siglos de que habla Plinio, y el cual es muy próximo al vidrio de los tiempos de Salomon, Isafas, que murió hácia 777, habla del vidrio, y Ezequiel hace alusión á él. Nosotros nos referimos para lo demás á la sabia disertacion de Michaelis sobre la universalidad del vidrio entre los hebreos.

En un libro publicado recientemente en la librería de M. Germer-Bailliére, *Los Conflictos de la Ciencia y de la Revelacion*, libro que no es, en realidad, más que una expresion apasionada de ódio y una declaracion violenta de guerra contra la Iglesia católica, ó mejor dicho contra la revelacion, puesto que en él se proclama que todo dogma revelado es incompatible con la ciencia, el profesor M. Draper, de Nueva-York, enuncia en estos términos, en una página inaudita las causas del *atrisimo insuperable y siempre creciente, abierto entre el catolicismo y el espíritu del siglo*. Véelas aquí (página 259, línea 39, y página 260):

«Cuando se pide hoy á la ciencia que abdique ante la Iglesia, no puede acaso recordarse á esta lo pasado (1)? «El conflicto tocante á la forma de la tierra y á la localizacion del cielo y del infierno se ha vuelto en menoscabo de ella. Ella decía que la tierra era achatada, y que el cielo es una cúpula sobre nuestras cabezas, y que muy á menudo habíanse visto seres privilegiados operando en él una ascension (2). Una vez la forma globular de la tierra demostrada sin réplica alguna por el viaje de Magallanes, la Iglesia habíase fijado en la preeminencia de nuestro planeta, sosteniendo que este era el punto central del universo (3). Desalojada de esta posicion, afirmó en seguida que la tierra es inmóvil, y que las estrellas y el sol son los que giran en derredor de ella: la invencion del telescopio vino á convencerla de su error. Despues de eso (4), pretendió que los movimientos de los astros son regulados por una Providencia incesante: los principios de Newton demostraron que lo son por una ley

«irresistible (5). La Iglesia habia sostenido siempre que «la tierra habia sido creada hace seis mil años, asi como «los astros, y que en seis dias el órden del universo habia «sido regulado con todas las plantas y animales que pue- «blan la tierra (6). Apremiada y forzada por la evidencia, «habia concedido que aquellos seis dias podian ser muy «bien seis periodos de una extension indefinida (7). Pre- «ciso fué renunciar á los seis periodos lo mismo que á «los seis dias, cuando se echo de ver que las especies «habíanse formado lentamente en la primera edad, ha- «bian alcanzado su grado de perfeccion en la segunda, y «lentamente tambien habian desaparecido en la tercera «(8). Los sacudimientos creadores de los seis periodos hu- «bieran requerido, no solamente una primera creacion, «sino algunas creaciones sucesivas (9). La Iglesia referia «que habia habido un diluvio universal que habia cubier- «to la cima de las más elevadas montañas, y que las aguas «habian sido secadas por los vientos: algunas nociones «exactas sobre el voltumen del mar y de la atmósfera, así «como sobre el fenómeno de la evaporacion, demostraron «el valor de dicho relato (10). Respecto del hombre, la Igle- «sia quiso que él hubiera salido perfecto de las manos del «Creador y que hubiera degenerado por el pecado. Hoy «se halla en el caso de ver la manera de combatir con «buen éxito los testimonios que surgen de todas partes, «tocante á la condicion salvaje del hombre prehistórico.»

Tratábase de una guerra de exterminio, de un bombardeo sin piedad. El maestro Draper debió, pues, poner en batería sus krupps más formidables. Harto se vé á dónde todo ello ha conducido. Es por cierto el caso del adivino Balaam, llamado para maldecir y que viene montado en su asno á decir á pesar suyo á la Iglesia de Dios: «Cuán bellos son tus tabernáculos, oh Jacob, y tus tiendas, oh Israel! Y en efecto, la debilidad vergonzosa de sus argumentos es para la Iglesia un relevante triunfo.

Y en primer lugar, no es ella, son las santas Escrituras, que le son comunes con los judíos y los protestantes, las

que hubieran enseñado esos pretendidos errores. La Iglesia como Iglesia, hacíase oír en tanto que divinamente constituida por la voz de un concilio incontestablemente ecuménico, ó del Soberano Pontífice, hablando solemnemente *ex cathedra*, no ha contestado ninguna de dichas verdades, ni afirmado ninguno de dichos errores. Por el contrario, algunos hijos adictos de la Iglesia, Copérnico y el cardenal Cusa, fueron los primeros que enseñaron dogmáticamente el movimiento de la tierra sobre su eje y en derredor del sol. Las verdades sucesivamente controvertidas tenían tantos ó más partidarios entre las filas del clero como en el seno de las universidades. La argumentación de M. Draper es, pues, insensata é injusta. No obstante, pasemos rápidamente en revista cada uno de sus cargos.

1. ¡La tierra superficie plana! Ella es á menudo llamada en la santa Escritura globo; el libro de la Sabiduría dice que Dios le dió unos goznes y que él se sienta sobre su redondez; Job pregunta quién la ha modelado en torno, y quién tomándola por sus dos polos, la sacude para hacer caer de ella á los impíos; san Agustín la declara globulosa y redonda; Rafael, en sus cuadros de la creación, pintóla siempre como un inmenso globo redondo.

2. ¡La preeminencia de nuestro planeta! Jamás los libros santos la han comparado á los demás cuerpos celestes ni la han enaltecido á costa de ellos. ¿Acaso Francisco Arago en su elogio de Bailly, maravillado de las conquistas de la ciencia, no ha dicho: «Al lado de las obras maravillosas de la inteligencia, ¿qué importa la debilidad, la fragilidad de nuestro cuerpo? ¿qué importan las dimensiones del planeta, que nos sirve de morada, del grano de arena sobre el cual nos ha tocado aparecer?» ¿Está cierto M. Draper de que respecto de otros astros se hayan hecho tan brillantes conquistas?

3. ¡La inmovilidad de la tierra! Josué no la ha afirmado, él ha hablado el lenguaje que hablan hoy todavía los sabios los más eminentes, é imposible fuera inventar otro. La ley del movimiento relativo es la ley fundamental de la mecánica. ¿Qué tenía que ver, por otra parte, el

telescopio en esta cuestión? M. Draper ha querido sin duda hablar del giróscopo.

4. ¡La Providencia presidiendo los movimientos de los astros! M. Draper no la desterrará ciertamente del mundo. El libro de la Sabiduría es el que ha hablado, el primero, de la circunvalación de los abismos ó aglomeraciones de la materia disgregada, de la organización de los cuerpos celestes por el ejercicio de cierta ley y por el movimiento giratorio. Mas su ley no era la ley de atracción en la cual Newton mismo no creía, y en la cual ninguno cree ya; siendo este un absurdo manifiesto que el mundo sabio se ha tragado como el agua por espacio de doscientos años, y que M. Draper sin embargo tiene la candidez de declarar esencial y eterna.

5. ¡La tierra creada hace seis mil años! El Génesis la ha hecho aparecer al principio de los tiempos bajo la forma de abismo ó aglomeración de materia nebulosa. M. Draper confunde la creación de la tierra con la creación del hombre, que es en efecto relativamente reciente. San Pedro dice de pasada que ella fué formada lentamente en el seno del agua y por el agua; Moisés la muestra como poblándose desde lo simple á lo compuesto en algunos períodos sucesivos, y llegando con el tiempo á su desenvolvimiento completo.

6. ¡Los seis días, períodos sucesivos! Siempre fué permitido creerlo así, y muchos lo creyeron así siempre. La opinión que supone los días del Génesis días solares, cuenta hoy con muy pocos partidarios; dichos días principiaron antes que el sol, y el séptimo día, que tuvo su principio, no ha tenido todavía su fin al cabo de seis mil años.

7. ¡Las creaciones sucesivas! ¿qué sabe de ello M. Draper? La cosmogonía de Moisés es una evolución maravillosa, tan sabia, como la de Darwin es aventurada y la de Haeckel insensata.

8. ¡El diluvio universal! Nosotros estamos tocando con él por la nación judía toda entera, por Moisés, Noé y Adán, es el hecho más culminante de la historia del mundo. ¿Qué podrán contra la certeza de tal hecho los pretendidos cálculos de M. Draper? ¿Sabe él, por ventura, cuál era en la época del diluvio el

sistema de las montañas del globo? Los levantamientos de los Alpes, de los Andes y del Himalaya son recientes; algunos geólogos ilustres, y entre ellos el autor de la teoría de los levantamientos, afirman que el hombre fué testigo de estos y que ellos pudieron ser la causa del diluvio. David en los tiempos del Éxodo hace surgir ó brotar montañas. *Mota est terra... montes exultaverunt ut arietes.* 9. La condición salvaje del hombre! Todo prueba que el hombre ha existido y existe en el estado salvaje; mas todo prueba igualmente que el estado salvaje no fué su condición primitiva; que él cayó despues de una era de civilización primordial; que es imposible al hombre salir por sí mismo del estado salvaje; que la civilización procede esencialmente de fuera y que ciertas tribus saben defenderse lo bastante con su salvajismo de toda presión exterior, para permanecer en una inmovilidad absoluta durante millones de millones de años, al decir de M. Ricardo Owen, que hace de la inmovilidad de los Audanamitas un argumento en favor de la antigüedad indefinida del género humano.

Hé aquí á M. Draper suficientemente desarmado. No, nos defendamos sin embargo en tan buen camino.

Él habia anunciado su bombardeo final (pág. 259), con un tiro de rechazo, verdaderamente cómico ó ridiculo. «¿Cómo pudiera reconocerse un oráculo inspirado é infalible sobre las orillas del Tiber, cuando en repetidas ocasiones los Papas se contradijeron unos á otros? ¿Cuando algunos Papas denunciaron algunos concilios y algunos concilios denunciaron algunos papas? (¿Es posible hablar así de aquello que se ignora? ¡Eso es vergonzoso! Empero tal es la costumbre de los libre-pensadores. ¿Dónde vió á Papas que hablaran solemnemente *ex cathedra*, juzgados y condenados por concilios regularmente ecuménicos y *vice-versa*?) ¿Cuando la Biblia de Sixto-Quinto contenia tantos errores—cerca de dos mil—que sus propios autores víéronse obligados á suprimirla? (En vez de dos mil, M. Draper hubiera podido decir treinta mil. Más

¡qué ignorancia y audacia para transformar en errores culpables algunas variantes ó faltas de copistas ó de impresiones, que recaen sobre algunos puntos, comas, acentos, nombres propios, etc., que solo sirvieron para hacer resaltar más la autenticidad y verdad absoluta de los Libros santos!) ¿Cómo los hijos de la Iglesia pudieran considerar como ilusiones engañosas la esfericidad de la tierra, su movimiento de rotación sobre su eje y su revolucion en derredor del sol? ¿Cómo pudieran ellos negar que existen antipodas y otros mundos planetarios? ¿Cómo, en fin, pudieran estar convencidos de que el universo fué creado de nada; el mundo hecho en una semana, y desde el primer momento tal como es hoy; que ningun cambio se ha producido en él, sino que todas sus partes han funcionado con una indiferencia tal, que ha sido necesaria la intervencion incesante de Dios para ponerlas en movimiento y conservarlas?» (Ignoro si ello es por culpa del traductor; no tengo el texto inglés á la vista; pero esas interrogaciones son verdaderamente idiotas).

Nosotros creemos tanto y más que M. Draper en la esfericidad de la tierra, en su doble movimiento de rotación y traslación, en los antipodas, en los demás mundos planetarios habitables ó no habitables, habitados ó no habitados; nosotros nada sabemos de ellos, dado que no hemos ido allí para averiguarlo, como tampoco M. Draper; nosotros creemos en un sér necesario, y por consiguiente eterno, infinito, omnipotente; nosotros rehusamos creer con M. Draper en la necesidad, en la eternidad irrazonable de un sér primero que pudo tener mil formas ó dimensiones diferentes, hallarse animado de mil movimientos diferentes entre los cuales él no pudo escojer antes de existir. Nuestro sér necesario é infinito, lo ha podido crear todo. El sér contingente y finito, el protoplasmas de M. Haeckel no ha podido hacerse lo que él es, y no ha podido variar. El absurdo está, pues, de parte de M. Draper. Nada nos obliga á admitirlo (lo cual sería posible al Dios eterno é infinito), más nosotros no admitimos que el mundo haya

sido hecho en una semana, tal cual él es hoy, y que ningún cambio se ha obrado en él. Nosotros decimos, por el contrario, con el Rey profeta, y cuánto ese lenguaje sublime no hace palidecer el lenguaje rastroso de la falsa ciencia! «Vos, Señor, al principio habeis fundado la tierra, y los cielos son la hechura de vuestras manos. Mas ellos perecerán, y Vos subsistireis; ellos envejecerán como un vestido viejo; Vos los cambiareis, como se cambia una tienda; mas Vos siempre sereis el mismo, vuestros años no pasarán, y los hijos de vuestros siervos habitarán con Vos.» En cuanto á la indiferencia de las partes de la tierra unas respecto de otras, nosotros no nos sentimos dispuestos á reemplazarla con la atracción universal, por el amor newtoniano, que no es más que una palabra vacía de sentido y un error monstruoso, del cual todo el mundo se ruboriza hoy, y nosotros abandonamos sin temor el mundo solar y los mundos estelares á la acción divina de la impulsión y del movimiento, que han sido la consecuencia providencial del *Fiat lux* solemnemente pronunciado por Dios.

Es, pues, cierto, absolutamente cierto, más evidente que la luz del medio día, que el *ataque brutal* de M. Draper, que entró en palenque con todas las armas de la ciencia moderna, no ha sido más que un dardo embotado que no ha sabido ni ha podido penetrar: *Telum imbellet sine ictu*. Me obliga á exclamar con un sentimiento de gozo profundo y reconocimiento sincero, hácia el divino Salvador de los hombres: «Yo os doy gracias, oh Padre mio, por haber ocultado la verdad á los grandes y sabios, y por haberos dignado revelarla á los pequeños. Ha sido así, porque tal es vuestro beneplácito.» «Aquel que se exaltare será humillado.»

## CAPÍTULO UNDÉCIMO.

### VERDAD ABSOLUTA DE LOS LIBROS SANTOS.

(Continuacion).

#### CIENCIAS GEOGRÁFICAS É HISTÓRICAS.

*El Paraíso terrenal.* — Génesis, cap. II, v. 8: «El Señor habia plantado desde el principio un jardín de delicias, en el cual se hallaba el hombre que él habia formado.» Versículo 9: «Y el Señor Dios hizo brotar del suelo toda especie de árboles agradables á la vista y de frutos suaves al paladar, y tambien el árbol de la vida en medio del paraíso, y el árbol de la ciencia del bien y del mal.» v. 10: «Y de aquel lugar de deleites salia un río que, despues de haberlo regado, dividíase en cuatro brazos ó canales.» v. 11: «El nombre del uno es el Phison, es el nombre del río que corre en torno de la tierra de Havilah, país en el cual se encuentra el oro.» v. 12: Y el oro de aquel país es excelente; allí encuéntrase igualmente el bdelio y el onyx.» v. 13: «El nombre del segundo rio es el Gehon, es el nombre del río que corre en torno de la tierra de Etiopía.» v. 14: «El nombre del tercer rio es el Tigris; es el nombre del río que cruza la Asiria.» «El cuarto rio es el Éufrates.» Si se interpretara este texto en el sentido de que los cuatro rios que son mencionados en él tenían realmente su manantial en un solo y mismo lugar, y que las corrientes de agua que regaban el terrestre paraíso eran en efecto el Phison, el Geon, el Tigris y el Éufrates, tropezariase con una dificultad muy grande, ó más bien con una imposibilidad absoluta; dado que, evidentemente, en